6172

El Legado

MARIVAUX

LECTURAS DE UNA HORA

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/ellegado554mari

EL LEGADO

POR PIERRE DE MARIVAUX

TRADUCCIÓN DE PEDRO VANCES

PIERRE DE MARIVAUX

Nació en París en 1688.

Murió en 1763.

IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA. — GLORIETA DE CHAMBERÍ. MADRID

EL LEGADO

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

LA CONDESA
EL MARQUÉS
HORTENSIA
EL CABALLERO
ELISITA, doncella de confianza de la Condesa.
LÉPINE, ayuda de cámara del Marqués.

La acción, en el campo, en un castillo de la Condesa.

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

EL CABALLERO y HORTENSIA

El Caballero. Lo que proyectáis, con respecto al Marqués, me intranquiliza.

Hortensia. Os digo que nada expongo. Razonemos si no. Su difunto pariente, que lo era mío también, le deja seiscientos mil francos a condición, ciertamente, de casarse conmigo o de entregarme doscientos mil, según se le antoje. Ahora bien: para el Marqués no pinto nada, y estoy segura, en cambio, de que la Condesa le atrae. Unase a esto que él es rico por su casa, y que, sin aguardarlo y a título de herencia, acaba de recibir seiscientos mil francos. Y digo yo. ¿Creéis que por ahorrarse esos doscientos mil francos se decida a casarse conmigo, que le soy indiferente, siendo así que está enamorado de la Condesa, que es más rica que yo y a quien, acaso, no le sea antipático? ¿No le parece?

El Caballero. ¿En qué fundáis esa posible no antipatía de la Condesa?

677457

Hortensia. En mil diarias trivialidades que observo. Y no es cosa que me sorprenda. Dado el carácter de ella, deduzco que el del Marqués tiene que resultarle de su agrado. La Condesa es una mujer brusca, muy dada a imponerse, gobernar y ser la dueña. El Marqués, por contra, es apacible, sosegado y de manejable condición, que es lo que a la Condesa le conviene, y de aquí que sólo tenga elogios para él. Su ingenua idiosincrasia le place. Es—como asegura ella—el hombre más bueno, el más complaciente y sociable. Por otro lado, la edad del Marqués es la más a propósito para ella, y como no es ya ninguna chiquilla, y él tiene treinta y cinco o cuarenta años, deduzco, y con razón, que le encantaría vivir con él.

El Caballero. Temo que os engañe vuestro augurio. No son grano de anís los doscientos mil francos que os debe entregar de no aceptaros por esposa. Además, aunque el Marqués y la Condesa se amasen, dada la manera de ser de los dos, a muy duras penas llegarían a decírselo.

Hortensia. Gracias al aprieto en que pienso poner al Marqués no tendrá más remedio que hablar, y así sabré a qué atenerme. Nada me ha dicho desde que nos hallamos en este castillo. Seis semanas hace que no abre la boca y quiero que se explique. Ese legado que se me otorga si el Marqués no se casa conmigo, no estoy dispuesta a perderlo.

El Caballero. Mas ¿y si acepta vuestra mano?

Hortensia. ¡Vamos! Os digo que no. Dejadme proceder. Se me antoja que él espera de mí que le rechace y hasta es muy posible que, por ello, consienta en nuestra unión; pero no os asuste la cosa. No sois rico tan en demasía como para aceptarme con doscientos mil francos de menos, y a mí me encanta sobremanera poder ofrecéroslos al casarme. Me consta que la Condesa y el

Marqués no se son antipáticos. Veremos lo que, a este propósito, me dicen Lépine y Elisita, dentro de un rato. Lépine es un gascón frío, pero astuto, y Elisita es inteligente. Una y otro cuentan con la confianza de sus señores; procuraré que me instruyan, y así todo marchará como una seda. Por allí vienen. Retiraos. *(El Caballero sale.)*

ESCENA II

ELISITA, LÉPINE Y HORTENSIA

Hortensia. Acércate, Elisita, aproximaos.

Elisita. ¿En qué podemos servir a la señora?

Hortensia. En nada que pueda herir la fidelidad que debéis a vuestros señores respectivos.

Elisita. Tanto mejor, señora.

Lépine. Así da gusto. Estamos a vuestras órdenes.

Hortensia. (Sacando algunas monedas del bolsillo.) Toma, Elisita, todo servicio merece una recompensa.

Elisita. (Rechazándolas al punto.) Ante todo, señora, sepamos de qué se trata.

Hortensia. Tómalas, Elisita; te las doy, ocurra lo que ocurra. Estas son para ti, Lépine.

Lépine. Señora, aunque soy de la misma opinión que Elisita, las acepto: el respeto así me lo exige.

Hortensia. No es mi ánimo comprometeros a nada. Todo se reduce a lo siguiente: ¿te aprecia mucho el señor Marqués, Lépine?

Lépine. *(Friamente.)* Sobremanera, señora; sabe quién soy.

Hortensia. Por lo que he podido observar, se complace en no tener secretos para ti.

Lépine. Así es, señora; no piensa nada sin que yo me entere en el acto, y por eso estoy más al tanto de sus cosas que él mismo.

Hortensia. ¿Te trata a ti con esa misma confianza la Condesa, Elisita?

Elisita. Me cabe ese honor, señora.

Hortensia. Dime, Lépine. Se me antoja que el Marqués ama a la Condesa. ¿Estoy equivocada? Nada te impide que me digas lo que haya de cierto en el asunto.

Lépine. No puedo afirmarlo, pero tengamos paciencia. Precisamente hoy debemos hablar de eso.

Hortensia. ¿Sospechas que la ama, no obstante?

Lepine. Tengo muy fundados motivos para ello; dentro de poco sabré a qué atenerme.

Hortensia. Y tú, Elisita, ¿qué opinas de la Condesa a este respecto?

Elisita. Que para nada piensa en el Marqués, señora.

Lepine. No estoy conforme contigo.

Hortensia. Yo creo también que se aman. Supongamos que no me equivoco; dado el carácter de ambos, a muy duras penas se declararán sus sentimientos. ¿Quieres, Lépine, sonsacar a tu señor para que se declare a la Condesa, mientras tú, Elisita, pones a tu señora en trance de que le escuche? La argucia no puede ser más inocente.

Lépine. Y hasta digna de alabanzas.

Elisita. *(Devolviendo el dinero.)* Permitidme, señora, la devolución de vuestro dinero.

Hortensia. ¿A qué viene eso? Guárdatelo.

Elisita. Pues a que el servicio que me pedís, por lo

que oigo, es precisamente el que no puedo prestaros. Mi señora es viuda, vive tranquila y dichosa, y como sería peligroso sacarla de su estado, pido al cielo que nunca lo abandone.

Lépine. *(Fríamente.)* Por lo que a mí toca, me quedo con lo recibido, ya que nada me obliga a su devolución; además, estoy dispuesto a seros útil. El señor Marqués es soltero, pero el matrimonio es una cosa buena, buenísima; tiene sus contras, claro está; no hay situación libre de ellas; esta mía suele pesarme a veces; en resumen de cuentas, es lo mismo. Sí, señora, os serviré, vaya si os serviré; ¿qué mal hay en ello? El matrimonio no es cosa de antaño ni de hogaño, es de siempre; para el amor no existe una más honesta salida.

Hortensia. Me sorprendes, Elisita, con tanto más motivo cuanto que suponía que Lépine y tú os amabais.

Elisita. No hay nada de eso, por lo que a mí toca.

Lépine. En cuanto a mí, me he limitado a estimarla; sin embargo, no dejo de reconocer su simpatía; pero yo he ido siempre a lo mío, sin parar mientes en ello.

Elisita. Y espero que persistas en lo mismo.

Hortensia. Por mi parte, he terminado. Adiós, Elisita; puedes hacer lo que te plazca; pero, eso sí, te exijo el secreto. Lépine, cuento contigo.

ESCENA III

LÉPINE y ELISITA

Elisita. Como tengo que hacer y nada tenemos que decirnos, me voy.

Lépine. Aguárdate un momento y no corras tanto; la ocasión es que ni pintiparada para hablarte de un asuntillo que comienza a escarabajearme.

Elisita. Tú dirás.

Lépine. Nunca me he fijado en tus encantos, palabra de honor; tu facha mè era desconocida.

Elisita. ¿Qué me importa eso? Lo mismo me ocurre a mí con la tuya, y apenas si puedo decirte ahora que la conozco.

Lepine. La señorita Hortensia creía que nos amábamos.

Elisita. Bueno, ¿y qué? Mal creído.

Lépine. Escucha lo que iba a decirte. Gracias a las palabras de ella, mis ojos te han mirado con más atención que de costumbre.

Elisita. Lástima de tiempo que han perdido.

Lépine. Y eres bonita, ¡oh, preciosa, pardiez!

Elisita. A fe mía que eres galante, Lépine, demasiado galante; pero te advierto que las galanterías me sacan de quicio. Acabemos de una vez. ¿Es eso todo?

Lépine. Mírame cara a cara, como yo te miro; haz la prueba, te lo ruego.

Elisita. Vaya que sí. Ea, ya te estoy mirando.

Lépine. ¡Perfectamente! ¿Soy el mismo hombre que tú conocías? ¿No descubres en mí nada nuevo? ¿Qué te dice el corazón?

Elisita. Ni una palabra, pues no se ocupa de ti lo más mínimo.

Lépine. Sin embargo, suele haber muchas personas que me tienen por muy simpático. Pero ya volveremos más adelante sobre esto; es cosa de reincidir. Escucha lo demás. No cabe duda de que mi amo se desvive por tu señora. Precisamente hoy me ha dicho que pensaba participártelo.

Elisita. Que haga lo que guste. La respuesta que tendré el honor de dirigirle será breve.

Lépine. Hay que tener muy presente lo que a la Condesa le complace la compañía de mi amo y lo que se le alegran las pajarillas delante de él. A esto me dirás, y estoy conforme contigo, que lo mismo la una que el otro son raruchos. Mi amo, que es un infelizote y nada suelto de lengua, nunca se atreverá a declararse; además, la Condesa no transige con las declaraciones amorosas; es mujer que desprecia los cumplidos y que emplea un tono agridulce en la conversación, de la que se desprende un cierto tufillo a cosa seca, fría y calculadora por demás. ¿Cómo ha de valerse el amor frente a esta mujer? Nunca, a menos de espetárselo de repente, se hallará ocasión propicia para decirla «os amo». A no ser que la tal declaración llegue como llovida del cielo. Para ella—según dicen—el amor es cosa de niños, pero se me antoja que le va tomando el gusto a tales niñerías. Creo, pues, que debemos aprovechar la coyuntura y enzarzarlos bonitamente. ¿Qué puede ocurrir? Que se enamoren como dos palominos y que, a la postre, se casen. ¿Y después de esto? Pues que, una vez convertido en tu compañero, me aceptes por marido, en fuerza

de adquirir la apacible costumbre de verme. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Estás conforme? Contesta.

Elisita. No.

Lépine. ¿Es que te desagrada mi amor?

Elisita. Sí.

Lepine. No puede decirse más en menos palabras; pero ten muy en cuenta la cosa. Te pronostico que nuestros amos se casarán: aprovecha la ocasión que se te presenta.

Elisita. Y yo te pronostico que no se casarán, porque no quiero yo. Mi señora—como has dicho muy acertadamente—tiene al amor en muy poca estima y he de procurar que continúe en esa creencia, porque en cierto modo me conviene que no se case. Si se casara empeoraría mi situación, ¿lo oyes? No hay motivos para creer que la Condesa gane con el cambio y, por contra, yo perdería mucho. He pensado un poco acerca del asunto y he visto que tus maquinaciones, a más de no valer nada, me perjudican. Así, pues, por bonita que sea, continúa sin fijarte en mi persona; no pase de aquí el descubrimiento que has hecho de mis encantos y que nunca se te ocurra prestar atención a ellos.

Lépine. (*Fríamente.*)—Los he visto ya, me han herido y sólo tu amor puede curarme.

Elisita. Pues ya te puedes considerar sin cura.

Lépine. ¿Es tu última palabra?

Elisita. (*Disponiéndose a salir.*)—No quito ni una coma.

Lépine. (*Deteniéndola.*)—Permíteme que insista. Tú te has echado tus cuentas y yo las mías. Para ti no es necesario que se casen nuestros amos; para mí es preciso que se casen; y a ello voy.

Elisita. ¡Valiente fanfarronada!

Lepine. Paciencia. Te amo y no me correspondes, ¿no es eso? Pues como necesito que me correspondas, he de conseguirlo, ¡pardiez! Así lo quiero.

Elisita. No has de conseguirlo, ¡pardiez!

Lépine. Es cuanto tengo que decir. Aquí viene mi amo. Déjale, a ver lo que dice.

ESCENA IV

EL MARQUÉS, LÉPINE Y ELISITA

El Marques. ¡Ah, Elisita, estabas aquí! Me alegra mucho encontrarte.

Elisita. Os lo agradezco, señor, pero me iba ya.

El Marqués. ¿Te ibas? El caso es que tengo algo que decirte. ¿Eres una chispita amiga mía?

Lépine. Casi nada.

Elisita. Tengo en mucha estima y respeto al señor Marqués.

El Marqués. Si es como dices, me proporcionas una satisfacción, Elisita; yo también te distingo mucho. Considero que eres una muchacha muy buena; además, estás al servicio de una señora de grandísimo mérito.

Elisita. Lo sé de antiguo, señor.

El Marqués. ¿No te habla nunca de mí? ¿Qué es lo que te dice?

Elisita. ¡Oh, nada!

El Marqués. Es que, aquí para entre nosotros, a ninguna mujer quiero tanto como a ella.

Elisita. ¿A qué llamáis querer, señor Marqués? ¿A que sentís por ella amor?

El Marqués. ¡Oh, sí, amor, inclinación, como gus-

tes! El nombre nada importa. La amo más que a ninguna. Eso es todo.

Elisita. Es de creer.

El Marqués. Pero ella no sabe una palabra; no me he atrevido a decírselo. No ando muy sobrado de ese don que se necesita para urdir palabras amorosas.

Elisita. Tal me parece.

El Marqués. Sí, eso me ataruga, y como tu señora es mujer de muchísimo ingenio, temo que se burle de mí, y si esto ocurre, no acertaré ya a despegar mis labios; teniéndolo en cuenta, se me ha ocurrido como lo más conveniente que la predispongas en mi favor.

Elisita. Perdóneme el señor Marqués, pero no es ese el camino. A mí, la verdad sea dicha, no me es posible ayudaros.

El Marqués. ¡Cómo! ¿Por qué no? Te advierto que he de quedarte muy reconocido, aparte de que te he de pagar sin regateos las molestias que te tomes, y de convenirte ese mozo (*señalando a Lépine*), os dotaría a los dos con esplendidez.

Lépine. (*Fríamente y sin mirar a Elisita.*)—Medita de nuevo sobre el asunto.

Elisita. Lo que deseáis no es posible, señor Marqués. De hablar a mi señora de vuestra afección—como habéis dicho muy bien, el nombre no importa nada—me malquistaría y os malquistaría a vos mismo con ella. ¿Acaso no la conocéis?

El Marqués. ¿Crees, por lo tanto, que no se puede intentar nada?

Elisita. Absolutamente nada.

El Marques. Tanto peor para mí, y es cosa que me apena, pues tu señora ¡me demuestra tan buena amistad! En fin, qué vamos a hacerle; no pensemos más en el asunto.

Lepine. (*Fríamente.*)—Nada de afligiros, señor, ni

de dar crédito a lo que Elisita dice, porque os engaña. Venid conmigo, hablaremos a solas del asunto y ya os diré algo que sea más consolador. Vámonos.

El Marqués. Vente, pues; veremos lo que me dices. Adiós, Elisita; sólo te exijo que no me pongas obstáculos.

Lépine. Dejaos de exigencias y no la incomodéis más, señor. (*El Marqués sale.*)

ESCENA V

LÉPINE Y ELISITA

Lépine. Seamos enemigos, con toda galantería y abiertamente; ataquémonos con entera franqueza. Adiós, preciosa; te quiero, y eso es todo; guárdame tu corazón, pues te lo dejo en prenda.

Elisita. Adiós, mi pobre Lépine; acaso seas el más fanfarrón de los gascones, pero también el más divertido.

ESCENA VI

LA CONDESA Y ELISITA

Elisita. Aquí viene mi ama. Creo, dado su carácter, que ha de hacerle muy poco tilín este amor que se le presenta. ¡Y menos mal si no pone al Marqués en la corriente!

La Condesa. (*Con una carta en la mano.*)—Toma, Elisita, di que lleven esta carta a la posta; es la décima que escribo en tres semanas. ¡Cosa más inaguantable que un pleito! ¡Qué harta me tiene! No me asombra que haya tantísimas mujeres que se casen.

Elisita. (*Riendo.*)—¡Valiente cosa es vuestro pleito! ¡Un pleitecillo de mil francos! ¡Pues sí que debe importaros eso mucho! ¿Sentís deseos de contraer nuevo matrimonio? Si es así, puedo ofreceros ocasión para que lo contraigáis.

La Condesa. ¿A qué viene esa salida de que si quiero contraer nuevo matrimonio, y cómo ha podido ocurrírsete?

Elisita. No os incomodéis; mi intención no ha sido otra que la de regocijaros.

La Condesa. Si algún tipo de París—como fuera fácil—te ha descubierto sus intenciones, no me lo descubras, en modo alguno.

Elisita. Sin embargo, es menester que conozcáis al individuo de que se trata.

La Condesa. Pasemos á otra cosa. Estoy pensando

que el Marqués no tiene aquí más que un ayuda de cámara y es muy posible que le necesite; así, pues, desearía preguntarle si desea enviar algún encargo a la posta, para que lo lleven con el mío. ¿Dónde está el Marqués? ¿Le has visto esta mañana?

Elisita. ¡Caracoles! ¡Vaya si le he visto! Ya tiene por qué levantarse temprano. Pero volvamos al marido que os pienso proporcionar, al que por vos se desvive y por causa vuestra se consume de amor...

La Condesa. ¿Quién es ese tontaina?

Elisita. Veo que lo adiviináis.

La Condesa. Todo el que se enamora hasta derretirse es un estúpido. No quiero saber nada de París.

Elisita. No es de París; vuestra víctima se encuentra en el castillo. Le habéis llamado tontaina; no diré yo tanto, pero sí que es un pretendiente de facha muy sencillota y con cara de infeliz. ¿No dais con él?

La Condesa. En absoluto. ¿Quién puede asemejarse a un tal retrato?

Elisita. Pues el Marqués.

La Condesa. ¿Nuestro huésped?

Elisita. El mismo.

La Condesa. No me hubiera atrevido a figurármelo. Mas ¿de dónde has sacado que tiene una facha sencillota y una cara de infeliz? Si dices de franco natural y rostro abierto, muy bien, al punto se le reconoce.

Elisita. Os aseguro, señora, que me limito a pintarle como le veo.

La Condesa. Pues sí que le ves malísimamente, como que no se le puede ver peor; por esas señas, ni en mil años se le descubre. Pero ¿cómo te has enterado de su enamoramiento?

Elisita. Pues, sencillamente, por él mismo, que me lo ha dicho. ¿No os hace reír la cosa? Fingid que nada

sabéis. Por lo demás, nadie como la señora para darle de lado muy finamente.

La Condesa. Mas, ¡ay!, el caso es que no le quiero mal. Es un hombre dignísimo, que tiene mi consideración y al que adornan cualidades excelentes; prefiero que sea él a cualquier otro. Pero ¿quién me asegura que no te equivocas también? Es muy posible que sólo te haya hablado de estimación, pues me la tiene, y muy grande, lo que me consta, porque de ello he recibido pruebas en mil ocasiones y muy cortésmente, por cierto.

Elisita. No, señora; lo suyo es amor, un amor que se extasía con vuestras seducciones; ha pronunciado la palabra sin el titubeo en él tan corriente. La llama amorosa, no lo dude, es la que le hace suspirar y languidecer.

La Condesa. ¿Es posible? Si ello es así, le compadezco, porque, como no es un tarambana, de fijo siente lo que dice. No acostumbro a burlarme de estas personas; su amor nunca puede ser ridículo. Pero ¿crees tú que se atrevería a hablarme de eso?

Elisita. Oh, nada tema, he puesto las cosas en su sitio, y le he quitado toda esperanza; no hay miedo de que se aventure a tanto. ¿No he hecho lo que debía?

La Condesa. ¡Qué duda cabe! Siempre, por supuesto, que no le hayas molestado; se trata de un amigo con el que no quiero enemistarme, y el comedimiento se imponía; así, pues, Elisita, teniendo en cuenta que sueles decir las cosas de una manera brusca y desapacible, hubiera sido mejor dejarle hablar.

Elisita. De ningún modo lo hubiera hecho. Quería que intercediese por él.

La Condesa. ¡Pobre criatura!

Elisita. Y le he dicho que me era imposible mezclarme en el asunto; que, de hacerlo, me malquistaría

con vos, y que, como consecuencia, me despediríais, y a él conmigo.

La Condesa. ¡Despedirle a él! ¡Qué groseríal ¡Pues sí que es un terminito! ¡Despedirle! ¡Pero si es a ti, y tampoco! Bien lo sabes. ¿A santo de qué mentir de esa manera, Elisita? Has convertido en enemigo a una de las personas que considero más y que más se lo merecen. ¡Qué torpeza la tuya! Con lo fácil que te hubiera sido limitarte a decir: «Señor, yo no sabría, ni esas cosas son de mi incumbencia; habladlas vos mismo.» Quisiera que se atreviese a hablarme del asunto para remediar en parte tu falta de delicadeza. ¡Despedirle! ¡despedirle! Va a darse por ofendido.

Elisita. ¡Bah! no lo creáis; no era posible libertaros de él a menos costa. ¿Os puede obligar a quererle el temor a molestarle? ¿Vais a uniros, por cortesía, con un hombre que se debe casar con la señorita Hortensia? No me he excedido en nada, y además os he dejado en libertad completa. Aquí se acerca reflexionando; alejaos, que aun estáis a tiempo.

La Condesa. ¿Alejarme cuando ya me ha visto? Mucho me guardaré de hacerlo. Pudiera pensar que tus apreciaciones te las he dictado yo. Nada de eso; quiero seguir portándome con él como hasta aquí. Vé a llevar mi carta.

Elisita. (Aparte.) ¡Tate! aquí ocurre algo. *(En voz alta.)* Señora, creo que debo permanecer a vuestro lado, siguiendo la costumbre, y así quedaréis al abrigo de cualquier declaración amorosa.

La Condesa. ¡Valiente argucia! ¿Qué gano con esquivarle hoy si mañana me puede encontrar otra vez? ¿O es que pretendes no apartarte de mí? No, no, retírate. Si me habla, ya sabré responderle.

Elisita. Vuelvo al momento; me limitaré a darle esta carta a un lacayo.

La Condesa. No, Elisita; se trata de una carta de interés y te ruego que la lleves tú misma; de este modo, si el correo ha partido ya, me la devuelves, y así podré remitirla por otro conducto. Los criados son muy poco diligentes y no me fío de ellos.

Elisita. Tened en cuenta que el correo no pasa hasta dentro de dos horas.

La Condesa. ¡Vamos, haz lo que te digo! ¿Qué sabes tú?

Elisita. (Aparte.) ¡Vaya un pretexto! Esta mujer no procede claramente conmigo.

ESCENA VII

LA CONDESA, SOLA

La Condesa. Rabiaba por quedarse. ¡Cosa más aborrecible que la servidumbre! Hasta cuando se quiere mostrar celosa resulta desagradable y nunca hace nada a derechas.

ESCENA VIII

LA CONDESA Y LÉPINE

Lepine. Señora, el señor Marqués os ha visto de lejos con Elisita y desea saber si tendríais inconveniente en recibirle; quiere hablaros, pero le contiene el temor de resultar importuno.

La Condesa. ¡Él importuno! No sabría serlo. Dile que puede acercarse, Lépine, que le aguardo

Lépine. Voy a decírselo. Al momento está aquí.

ESCENA IX

LA CONDESA, LÉPINE Y EL MARQUÉS

Lépine. Señor, venid, que la señora tiene a bien recibiros. (*Aparte al Marqués.*) Ánimo, señor; la acogida es benévola y casi cariñosa; se trata de una fortaleza que desea ser asaltada. (*Sale.*)

ESCENA X

LA CONDESA Y EL MARQUÉS

La Condesa. Vamos, Marqués, ¿a qué vienen estos circunloquios? Que no ocurra más.

El Marqués. Sois muy bondadosa, Condesa; pero es que tengo necesidad de hablaros largamente.

La Condesa. En efecto, se os creyera intranquilo, preocupado...

El Marqués. Sí, me agobia la pesadumbre. Necesito que me aconsejéis, necesito de vuestra indulgencia.

La Condesa. Lo celebro mucho; la necesidad que experimentáis es inferior a mi deseo de resultaros útil.

El Marqués. ¿Util? Sólo de vos depende el sérmelo, y en muy alto grado, si queréis.

La Condesa. ¿Cómo si quiero? ¿Acaso lo dudáis? ¡Bah! Dejaos de miramientos, os lo suplico; ya sabéis que estoy siempre—y me complazco en reconocerlo—a vuestra entera disposición, Marqués.

El Marqués. Vuestra confesión me es agradabilísima y tentado estoy de abusar de ella.

La Condesa. Pero me temo que resistáis a la tentación; diríase que no os merecen confianza vuestros amigos: tal sois de reservado con ellos.

El Marqués Efectivamente, mi timidez es excesiva.

La Condesa. Como veis, hago todo lo posible para que desaparezca.

El Marqués. Estáis al tanto de mi situación con

Hortensia: o la tomo por esposa o la entrego doscientos mil francos.

La Condesa. Lo sé, como asimismo que no es muy de vuestro gusto.

El Marqués. No lo puede ser menos, como que no la amo absolutamente nada.

La Condesa. No me sorprende. Su carácter es antípoda del vuestro, y además os trata con una afectación excesiva.

El Marqués. Estáis en lo cierto; como no piensa más que en su linda persona, habría que estar siempre llenándola de cumplidos, y semejante menester no es de mi cuerda. La coquetería, a más de molestarme, me obliga a enmudecer.

La Condesa Convengo en que es un poco coqueta, mas no olvidéis que casi todas las mujeres lo son. Por dondequiera, Marqués, sólo hallaréis coquetas.

El Marqués. Menos en vuestra casa. ¡Pues sí que hay diferencia! Agradáis naturalmente, y no por culpa vuestra. Vos no paráis mientes en vuestra amabilidad; en cambio, es apreciada por cuantos os rodean.

La Condesa. ¿Yo, Marqués? Me parece que los demás piensan en mí tan poco como yo misma.

El Marqués. Algunos conozco yo que no os dicen todo lo que piensan.

La Condesa. ¿Y quiénes son, Marqués? ¿Amigos como vos, sin duda?

El Marqués. ¡Sí, sí, amigos! No se puede ser todavía en mucho tiempo amigo vuestro.

La Condesa. Os agradezco la galantería que de pasada me hacéis.

El Marqués. Nada de eso. Nunca hablo a la ligera; siempre me fijo en lo que hablo.

La Condesa. (*Riendo.*) ¿Cómo? ¿Y eso lo decís vos, que no queréis que tenga amigos? ¿Acaso no lo sois mío?

El Marqués. Perdonadme, pero nada tendría de sorprendente que llegara a convertirme en otra cosa.

La Condesa. No dejará ello de sorprenderme, sin embargo.

El Marqués. ¿Y de enfadaros también?

La Condesa. No; sólo de sorprenderme. Debo creer, a pesar de todo y puesto que me lo decís, que soy amable.

El Marqués. ¡Oh, encantadora! ¡Qué felicidad si Hortensia se os pareciese! Me casaría con ella de todo corazón y no pasaría las fatigas que paso para resolverme a ello.

La Condesa. Lo creo; y peor fuera aún si sintierais simpatía por otra.

El Marqués. Pues eso, justamente, es lo que sucede.

La Condesa. ¿De veras? ¿Con que estáis enamorado?

El Marqués. Con toda mi alma.

La Condesa. (*Sonriendo.*) Me lo figuraba, Marqués.

El Marqués. Y ¿os figuráis quién es ella?

La Condesa. No, pero me lo diréis.

El Marqués. Me agradaría muchísimo que lo adivinarais.

La Condesa. ¿A qué tomarme ese trabajo? Decídmelo, puesto que estamos juntos.

El Marqués. Es que a nadie conocéis como a ella; se trata de la más amable y natural de las mujeres. Hace poco aludíais a las personas sencillas, ¿no es cierto? Pues bien, ninguna lo es tanto como ella; mientras más la veo, más la admiro.

La Condesa. Casaos con ella, Marqués; casaos y dejad a Hortensia; ni la cosa se presta a titubeos, ni os queda otra salida.

El Marqués. Está bien, pero se me ocurre una cosa.

¿No habría medio de salvar los doscientos mil francos? Os hablo con el corazón en la mano.

La Condesa. Consideradme en esta ocasión como si fuera vos mismo.

El Marqués. ¡Ah! ¡esa afirmación me parece de perlas!

La Condesa. Ese don admirable de la sinceridad es, de todos los vuestros, el que más me agrada. Pero volvamos al asunto. ¿Qué hacer para que no perdáis esos doscientos mil francos?

El Marqués. Tened en cuenta que Hortensia ama al Caballero. Y, a propósito, ¿no es pariente vuestro?

La Condesa. Bah, pariente... lejano.

El Marqués. Ahora bien: puesto que ama al Caballero, es de suponer—así lo deduzco—que nada sienta por mí; en tal caso, todo se reduce a fingir que estoy dispuesto a casarme; pero ella se opondrá, naturalmente, y no tendré que hacer desembolso alguno: su negativa me servirá de recibo.

La Condesa. Sí, sí, podéis intentarlo, aunque no deja de ser arriesgada la cosa; Hortensia es lista, Marqués. ¿Os rechazará, como sospecháis? Lo ignoro; pero no sois hombre que merezca ser rechazado.

El Marques. ¿De veras?

La Condesa. Tal es mi sentir.

El Marqués. Muy halagador y con el que me animáis a ser claro.

La Condesa. ¿Que os animo? Pero ¿persistís en lo mismo aún? Tened muy presente que mi intención no es otra que complaceros, que únicamente lo imposible podrá detenerme, y que debéis contar, sobre todo, con cuanto de mí dependa. No perdáis esto de vista, rarísima criatura, y proceded con atrevimiento. ¿Que me pedís consejos? Pues os los doy. Y cuando la hora de los favores llegue, os bastará pedirlos para que al punto y

sin dificultad os los conceda, ¿oís? Sabedlo de una vez para siempre.

El Marqués. Me inundáis de esperanza.

La Condesa. Vamos por partes. ¿Y si a Hortensia le da por cogeros la palabra?

El Marques. No lo creo; pero aun así, todo se reduce, contando de antemano con que la persona dueña de mi corazón tenga la bondad de decirme que me quiere, a entregar la suma exigida.

La Condesa. Pero ¿puede ser tanta su esquivez que llegue a no confesarlo? ¿Acaso ignora que la amáis?

El Marqués. Sí que lo ignora, pues no me he atrevido a decírselo.

La Condesa. Y todo por la maldita timidez. ¡Oh! ¡En verdad que es llevarla demasiado lejos! Y a pesar de lo muy amiga que soy del decoro, no puedo aprobar semejante conducta; eso es no hacerse justicia.

El Marqués. Su sensatez es tal, que me da miedo. ¿Me aconsejáis, pues, que hable con ella?

La Condesa. ¡Claro! ¡Ya debiáis haberlo hecho! Y hasta es posible que ella lo esté aguardando. ¿No decís que es sensata? Pues ¿a qué viene entonces el atemorizarse? La modestia es una virtud muy digna de elogio; pero se puede ser modesto y, al par, hablar y proponer lo que venga al caso. Hablad, hablad, Marqués, que así todo ha de saliros a pedir de boca.

El Marqués. ¡Ay! De fijo cesarán vuestras exhortaciones si supieseis de quién se trata. ¡Qué dichosa sois no amando a nadie y despreciando el amor!

La Condesa. ¡Despreciar lo menos artificioso que hay en el mundo! Eso no sería razonable. No desprecio al amor; a los amantes, sí; a los amantes tal y como se nos ofrecen en su mayoría, los desprecio; nunca al sentimiento amoroso, honesto, permitido e involuntario por naturaleza y en demasía. ¿Cómo me iba a ser dado

odiar al más dulce de todos los sentimientos? De ningún modo; y de existir un hombre que me confesara su cariño con esa sencillez que hace un momento elogiaba en vos, le perdonaría.

El Marqués. En efecto: cuando se confiesa con la misma ingenuidad que se siente...

La Condesa. Entonces no hay mal alguno en ello, y se acoge siempre la confesión con benévola acogida; tal es mi sentir. Yo no soy un alma salvaje.

El Marqués. Sería, de lo contrario, una verdadera lástima... ¡Gozáis de una hermosa salud!

La Condesa. *(Aparte.)* ¡Valiente salida! *(Alto.)* Es el aire campesino.

El Marqués. El de la ciudad, asimismo, da a vuestros ojos viveza y frescura a vuestro cutis.

La Condesa. Me hallo bastante bien. Pero notad que me estáis diciendo, impensadamente, galanterías.

El Marqués. ¿Por qué impensadamente? Las digo a sabiendas.

La Condesa. Guardadlas para la persona que amáis.

El Marqués. ¡Bien!... Si fuerais vos, no habría para qué guardarlas.

La Condesa. ¡Cómo! ¡Si fuera yo! ¿Acaso se trata de mí? ¿Acaso es una declaración amorosa lo que me hacéis?

El Marqués. ¡Oh! ¡De ningún modo! Y aun cuando así fuera, estaría demás el disgustarse. ¿Quién no diría que todo se ha venido a tierra? Calmad vuestro enojo; figuraos que nada he dicho.

La Condesa. ¡Vaya una salida! Sois en extremo singular.

El Marqués. Y vos estáis muy malhumorada. ¡Y pensar que hace un instante era merecedor, según vuestro sentir, de una buena acogida el que ingenuamente

se declara enamorado! Ved, por las pruebas, el éxito que obtiene. ¡Pues sí que he adelantado!

La Condesa. *(Aparte.)* ¿No será porque habéis retrocedido? *(En voz alta.)* ¿A quién os dirigís? ¿A quién habláis? ¿Queréis decírmelo?

El Marqués. A nadie, señora. No añadiré una palabra más. ¿Estáis contenta? De encolerizaros con todos aquellos que procedan como yo, tendréis que reñir con muchos.

La Condesa. *(Aparte.)* ¡Criatura más extravagante! *(Alto.)* Pero ¿quién os riñe?

El Marques. No es muy dulce, en verdad, vuestra repulsa.

La Condesa. ¡Vamos! Soñáis.

El Marqués. ¡Sus, y arriba! Después del calificativo de extravagante, con el que acabáis de enaltecerme en voz baja, no me faltaba más que el de soñador; a pesar de todo, no me quejo. ¿Qué vamos a hacerle si no soy de vuestro agrado? Puesto que no me queda otro recurso que callar, me callaré. Adiós, Condesa. No por eso seamos menos amigos, y tened la bondad de ayudarme, ya que no otra cosa, a solucionar mi conflicto con Hortensia.

La Condesa. *(Aparte.)* ¡Qué hombre! Y eso que no tiene motivos para hablar de mis asperezas. Me gustan las personas sencillas y sin doblez; pero, vamos, éste se pasa de la raya.

ESCENA XI

HORTENSIA, LA CONDESA Y EL MARQUÉS

Hortensia. *(Deteniendo al Marqués, que se dispone a marcharse.)* Os ruego, señor Marqués, que no os vayáis; tenemos que hablar, y la Condesa puede oírnos.

El Marqués. Como queráis.

Hortensia. ¿Sabéis de lo que se trata?

El Marqués. Lo ignoro; no acierto a recordarlo.

Hortensia. Pues sí que me sorprende. Me halagaba el pensar que seríais el primero en romper el mutismo. Es humillante para mí verme obligada a sonsacaros. ¿No os acordáis ya de que existe un testamento que nos interesa?

El Marqués. ¡Oh, sí; vaya si me acuerdo!

Hortensia. ¿Y de que en él se os otorga mi mano?

El Marqués. Efectivamente, señora; ya sé que debo casarme con vos.

Hortensia. Y ¿qué partido pensáis tomar? Es llegada la hora de que mi situación se aclare. No debo ocultaros que tenéis un rival, el Caballero pariente de la Condesa; que mis preferencias son para él, por encima de todos, y que le estimo lo bastante para convertirle en mi marido si es que vos no lo sois. Se lo he prometido así; y como desea saber hoy mismo, por razones poderosas, según dice, a qué atenerse sobre el particular, no he podido sustraerme a su deseo y vengo a hablaros. Así, pues, ¿le despido o no? ¿Qué

os place que le diga? Mi mano, si la pedís, es vuestra.

El Marqués. Es una gran merced la que me hacéis; la acepto, señorita.

Hortensia. ¿Me elige vuestro corazón, Marqués?

El Marqués. ¿No sois lo suficientemente atractiva para que así ocurra?

Hortensia. ¿Y me amáis?

El Marqués. ¿Quién os dice lo contrario? Hace poco hablaba de ello a la Condesa.

La Condesa. Es verdad, hablábame de vos; pensaba proponeros este matrimonio.

Hortensia. ¿Y os decía que me amaba?

La Condesa. Me parece que sí; o algo semejante, por lo menos.

Hortensia. ¿Y a qué se ha debido, Marqués, el ocultármelo durante estas seis semanas? Cuando se quiere a una persona, se le demuestra de algún modo, máxime teniendo, como tenéis, dada nuestra situación, derecho a declararos.

El Marqués. De acuerdo; pero las horas se deslizan; uno suele estar distraído, y, además, ¿quién nos asegura que la persona elegida es de nuestra opinión?

Hortensia. Sois muy modesto. Ved quién está allí; voy a decirle al Caballero que entre.

ESCENA XII

EL CABALLERO, HORTENSIA, EL MARQUÉS Y LA CONDESA

Hortensia. *(En voz baja al Caballero.)* Acepta mi mano, pero a disgusto; no os asustéis, se trata de un ardid.

El Caballero. *(En voz baja a Hortensia.)* Me inquietáis. *(Alto.)* Así, pues, ¿no me queda, decididamente, ninguna esperanza, señora? No he debido confiar en que el Marqués consintiera en no casarse con vos.

Hortensia. Pues sí, me caso con él; es cosa hecha; el cielo os destina para otra. El Marqués me amaba en secreto, y no me lo ha dicho antes—según afirma—por distracción.

El Caballero. ¡Por distracción! Comprendo; se le había olvidado decíroslo.

Hortensia. Sí, eso mismo; pero acaba de confesármelo, y ya se lo había hecho saber a la Condesa.

El Caballero. ¡Cómo! ¿Y nada me advertisteis, Condesa? He llegado a creer, algunas veces, que era a vos misma a quien amaba.

La Condesa. ¡Vaya una imaginación! ¿A qué viene el sacarme a relucir en este asunto?

Hortensia. También he tenido yo momentos en que lo sospechaba.

La Condesa. ¡Conque también! ¿De dónde sacáis semejante broma, Hortensia?

El Marqués. Por lo que a mí toca, nada digo.

El Caballero. Marqués, me desesperáis.

El Marqués. Me contraría muchísimo, pero colocaos en mi lugar; como sabéis perfectamente, existe un testamento, y yo no puedo proceder de otro modo.

El Caballero. Acaso no la amaríais como yo, de no existir ese testamento.

El Marqués. ¡Oh! Vais a perdonarme; mi amor es excesivo.

Hortensia. Procuraré merecerlo, Marqués. *(Aparte al Caballero.)* Pedidle que apresure el matrimonio.

El Caballero. *(Aparte a Hortensia.)* ¿No será arriesgar demasiado? *(En voz alta.)* Dada mi situación, Marqués, acabad de probarme que mi malaventura no tiene remedio.

El Marqués. De ello os convenceréis cuando nos casemos; mas ésta es cosa que no puedo hacer ahora mismo.

El Caballero. Estáis en lo firme. *(Aparte a Hortensia.)* Se casará con vos.

Hortensia. *(Aparte al Caballero.)* Lo estáis echando todo a perder. *(Al Marqués.)* Comprendo lo que el Caballero quiere decir: espera aún, a pesar de todo, que no nos casaremos, Marqués; ¿no es así, Caballero?

El Caballero. No, señora; yo no espero ya nada.

Hortensia. Perdonad, pero no estáis convencido del todo, no, no lo estáis, y como—según me dijisteis—os veis obligado a marchar a París para tomar las medidas necesarias que la presente ocasión exige, desearíais, antes de la marcha, saber de un modo cierto si aun os queda algún esperanzado resquicio. En una palabra: necesitáis—¿no es esto?—una certidumbre absoluta. *(Aparte al Caballero.)* Decid que sí.

El Caballero. Sí, eso mismo.

Hortensia. Marqués, sólo una legua nos separa de París, y es temprano aún; enviad en busca de un nota

rio a Lépine, y firmemos hoy mismo nuestro contrato de bodas para que así el Caballero adquiera la triste convicción que busca.

La Condesa. Cualquiera diría que le obligáis a buscarla; estoy convencidísima de que no se ocupa de tal cosa.

Hortensia. (Aparte al Caballero.) Apoyad mis palabras.

El Caballero. Sí, Condesa; la aparición de un notario me llenaría de júbilo.

La Condesa. ¡Rara manera de sentir!

Hortensia. Menos de lo que creéis. Necesita saber —sus asuntos se lo exigen—a qué atenerse; la cosa no puede ser más sencilla ni razonable, y como él no se atreve a decirlo, lo digo yo en su lugar. Conque ¿estáis dispuesto a enviar a Lépine, Marqués?

El Marqués. Como gustéis. Pero ¿a quién se le ocurre buscar hoy a un notario?

Hortensia. (Aparte al Caballero.) Insistid.

El Caballero. Os lo suplico, Marqués.

La Condesa. ¡Oh!, nos haréis la merced de aguardar a mañana, señor Caballero; no os corre tanta prisa, ni creo que vuestro capricho sea de una índole tal que nos obligue a violentarnos; su realización, por hoy, nos trastornaría. Precisamente tengo que resolver algunos asuntos; mañana estaremos aún a tiempo.

Hortensia. (Aparte al Caballero.) Apremiad.

El Caballero. ¡Vamos, Condesa, por favor!

La Condesa. ¡Por favor! ¡Súplica más exótica! ¡Pues sí que es apetitoso ver a la amante casada con el rival! En fin, como gustéis, Caballero.

El Marqués. Sería descortés incomodar a la señora; por lo demás, me someto a ella; me conformo con que sea mañana.

Hortensia. Puesto que ella consiente, todo se reduce a que Lépine se ponga en camino.

ESCENA XIII

LA CONDESA, HORTENSIA, EL CABALLERO, EL MARQUÉS Y ELISITA

Hortensia. Aquí viene Elisita; voy a decirla que vaya a buscarle de parte de nosotros. Elisita, hoy mismo debe firmarse el contrato matrimonial entre el señor Marqués y yo, y se desea que parta en seguida Lépine para que traiga de París al notario; tenga la bondad de decirle que se presente para recibir órdenes de su señor.

Elisita. Voy al momento, señora.

La Condesa. ¿Adónde vas? En asuntos de matrimonio no quiero mezclarme yo ni que se mezclen los de mi casa.

Elisita. Me limito a obedecer; pero ya no tengo que ir en su busca; le veo en la terraza. *(Llamándole.)* ¡Lépine!

La Condesa. *(Aparte.)* ¡Estúpida muchacha!

ESCENA XIV

EL MARQUÉS, LA CONDESA, EL CABALLERO, HORTENSIA, LÉPINE Y ELISITA

Lépine. ¿Quién me llama?

Elisita. ¡Pronto, pronto, a caballo! Hay que formalizar el contrato de boda entre la señorita Hortensia y tu amo, y es preciso que vayas a París por el notario del señor Marqués.

Lépine. *(Al Marqués.)* ¡Por el notario! ¿Es cierto lo que dice ésta, señor? Como debíamos salir de caza dentro de un momento, estoy preparado para perseguir liebres, pero de ningún modo notarios.

El Marqués. Pues lo que se necesita, no obstante, es un notario.

Lépine. No vale la pena de que vaya en busca del vuestro; tengo para mí que ha fallecido. ¿No lo sabíais? A nuestra salida le dejamos con fiebre y con un médico además; su cerebro desvariaba.

El Marqués. Sí, sí, tienes razón; veíase muy malito.

Lépine. ¡Cáspita! ¡Como que agonizaba!...

Elisita. *(Aparentando indiferencia.)* Queda el recurso de ir por el de la señora.

La Condesa. Tu misión es callar. Si el del señor se ha muerto, también el mío; pues, según me comunicó hace algún tiempo, mi notario era el suyo.

Elisita. *(Con sencillez e indiferencia.)* Me parece, señora, que le habéis escrito no hace mucho.

La Condesa. ¡Bonita manera de razonar! ¿Ha podido impedir mi carta que se muriese? Cierto que le he escrito, pero también lo es que no me ha contestado.

El Caballero. *(Aparte a Hortensia.)* Comienzo a tranquilizarme.

Hortensia. *(Sonriendo.)* En París hay más de un notario. Ya verá Lépine si se ha puesto mejor. Tiempo ha tenido, en las seis semanas transcurridas desde nuestra llegada, de recobrar la salud. Id a escribirle, Marqués, y rogadle que, de no poder venir, recomiende a otro. Mientras tal hacéis, Lépine se irá preparando.

Lépine. No, señora; montar a caballo en mi situación, equivaldría a quedarme en el camino. Ha poco aludí a una partida de caza; pues bien: me siento mal, exageradamente mal; no me encuentro hoy con fuerzas para atrapar bichos ni notarios.

Elisita. *(Sonriendo.)* ¿Estás muerto también?

Lépine. No, pero vivo en un ¡ay!, y no podría llegar a mi destino. Si no fuera por respeto a los señores, me quejaría despiadadamente. Ayer me caí por la escalera y me hice daño; rodé todo un tramo de escalones, y ya iba por el otro, cuando alguien me detuvo en la caída. Figuraos mi dolor: me envuelve de pies a cabeza.

El Caballero. Puedes servirte de mi coche. Decidle que parta, Marqués.

El Marqués. Lo que me asombra es que no se halle en cama este muchacho tras de rodar un piso y con el magullamiento que sufre. En fin, si puedes, ponte en camino.

Hortensia. Ea, Lépine, en marcha. En coche no se fatiga uno.

Lepine. Os diré la verdad; permitidme que no cumpla el encargo. Mi señor trata con vos de labrar su desgracia. Vos no le amáis, estoy en ello, así es que este matrimonio tiene que ser necesariamente fatal, y

sería para mí un cargo de conciencia contribuir a su realización. Si este escrúpulo mío desagrada, que me echen, que me digan: «¡Largo de aquí!» Me conformo con la medida; lo honrado de mi conducta me servirá de consuelo.

La Condesa. ¡Esto es lo que se llama un criado excelente! ¡Y qué rarísimos son!

El Marqués. *(A Hortensia.)* Ya lo oís. ¿Qué hacer con este testarudo? Aunque me enfadase, nada conseguiría. No hay más sino despedirle. *(A Lepine.)* Retírate.

Hortensia. Nos pasaremos sin él. De cualquier modo, escribid; uno de mis criados llevará la carta, y si no, cualquiera del pueblo.

ESCENA XV

HORTENSIA, EL MARQUÉS, LA CONDESA Y EL CABALLERO

Hortensia. Ea, id a escribir la misiva; yo tengo que escribir otra y la dejarán, de paso, en mi casa.

El Marques. Perfectamente; pero reflexionad: si por un acaso no me amáis, tanto peor; yo, por mi parte, procedo de buena fe.

El Caballero. *(Aparte a Hortensia.)* Le incitáis demasiado.

Hortensia. *(Aparte al Caballero.)* ¡Chitón! *(En voz alta.)* Ya está todo reflexionado, Marqués. Adiós, Caballero; como veis, no me es posible escucharos.

El Caballero. Adiós, señorita. Voy a entregarme al dolor en que me hundís.

ESCENA XVI

EL MARQUÉS Y LA CONDESA

El Marqués. ¡No vuelvo de mi asombro! El demonio la ha tomado conmigo. Os empeñáis en que esa mujer me ame.

La Condesa. No, pero llevará su travesura al punto de casarse con vos. Creedme, debéis terminar con ella.

El Marqués. ¿Y si la ofreciera cien mil francos? Pero no puedo disponer de esa cantidad; no la tengo.

La Condesa. Eso no importa; os los prestaré, los tengo en París. Llamadles; vuestra situación me apena. Apresuraos, aun los veo juntos.

El Marqués. Os doy mil gracias. *(Llamando.)* ¡Señorita! ¡Caballero!

ESCENA XVII

EL CABALLERO, HORTENSIA, EL MARQUÉS Y LA CONDESA

El Marqués. ¿Me hacéis el favor de volver? Tengo algo que comunicaros.

Hortensia. ¿De qué se trata?

El Caballero. ¿Me llamáis a mí también? ¿Puedo ver en ello un buen augurio?

Hortensia. Creí que estabais ya escribiendo.

El Marqués. Nada ha de impedírmelo. Pero tengo que haceros una proposición completamente razonable.

Hortensia. ¿Una proposición, Marqués? ¿Es que me habéis engañado? ¿Acaso no es vuestro amor tan sincero como decíais?

El Marqués. ¿Qué diantre queréis? Tampoco me amáis a mí, por lo que dicen, y es cosa, en verdad, que me conturba.

Hortensia. No os amo aún; pero os amaré. Además, caballero, cuando la mujer es virtuosa, puede pasarse sin amar al marido.

El Marqués. Yo seré un marido que no se pasará sin amor. Casándonos, sólo conseguiremos disponer de tiempo para reñir a nuestro sabor, cosa, en verdad, que nada tiene de atractiva; así, pues, transijamos en cuanto antes sin más que partir la diferencia; quedaos en buen hora, y aunque no me améis, con la mitad de los doscientos mil francos de que habla el testamento, y

dejemos descansar a cuantos notarios han sido y son.

El Caballero. (*Aparte a Hortensia.*) Ya no temo nada.

Hortensia. No pensáis lo que decís, Marqués. La de casarnos es satisfacción que no se puede comparar con la que proporcionaría esa suma, muy por debajo de lo que en realidad valéis.

El Marqués. A fe mía que, cuando estoy de mal humor, ni la merezco siquiera, y os anticipo que lo he de estar siempre.

Hortensia. Fío en mi ingénita dulzura.

El Marqués. Es decir, ¿no queréis? Muy bien; sigamos nuestro camino: nos casaremos.

Hortensia. Eso es lo más breve; me marcho.

El Marqués. ¿No es gran desgracia verme obligado a ceder la mitad de una suma semejante a quien le soy indiferente? No hay más remedio que litigar, señorita, y veremos si se me condena a casarme con una mujer que no me ama.

Hortensia. Diré que os amo. ¿Quién probará lo contrario, puesto que os acepto? Seré yo la que diga que no me amáis, y que hasta—según me aseguran—amáis a otra.

El Marqués. Nadie, al menos, la conoce, como se conoce a vuestro amante.

Hortensia. Es que yo la conozco, Marqués.

La Condesa. ¡Ea! Acabad, Marqués, acabad. ¡Respuesta más desagradable!

Hortensia. Sí, acabemos; nuestro matrimonio es cosa hecha; no hay más que hablar.

El Marqués. Perfectamente; estoy de acuerdo.

Hortensia. A casarnos, pues.

El Marqués. Sí, ¡qué diantre!, lo haré con mucho gusto; será muy necesario que comencéis a demostrar-

me cariño, y deseo, como primera medida, y contando con vuestro beneplácito, que el Caballero tenga la bondad de ser nuestro amigo muy a distancia.

El Caballero. (*Aparte a Hortensia.*) Se pica; no hay que hacerle caso.

Hortensia. (*Aparte al Caballero.*) Callaos. (*Al Marqués.*) El Caballero me conoce lo bastante para estar convencido de que no me verá más. Adiós, Marqués; voy a escribir mi cartita; tened preparada la vuestra; no perdamos tiempo.

La Condesa. Debo manifestar, por lo que a la firma de esponsales se refiere, que ello se llevará a cabo donde gustéis; pero de ningún modo en mi casa. Casarse, en la tesitura que lo hacéis, es una muerte, y no seré yo nunca la que ceda mi morada para una tan funesta ceremonia; desencadénense vuestros arrebatos—si lo tenéis a bien—fuera de aquí.

Hortensia. Muy bien, Condesa; la Marquesa es vuestra vecina y a su casa iremos.

El Marques. Suponiendo que yo sea de esa opinión, porque eso depende de mí. No conozco a vuestra Marquesa.

Hortensia. (*Retirándose.*) No importa; consentiréis en ello, Marqués. Me retiro.

ESCENA XVIII

LA CONDESA, EL MARQUÉS Y EL CABALLERO

El Caballero. *(Aparte.)* Con estas cosas que presencio renace algo mi esperanza. *(Se dispone a salir.)*

La Condesa. *(Deteniéndole.)* Quedaos, Caballero, y hablemos brevemente del asunto. ¿Se ha visto nunca nada semejante? ¿Qué se os ocurre pensar, ya que amáis y sois amado por Hortensia? ¿No os asusta este matrimonio? A mí, que no me hallo en vuestro caso, me espanta.

El Caballero. *(Con hipócrita terror.)* ¡Es horrible! ¡No hay nada parecido!

El Marqués. A mí apenas si me preocupa; Hortensia será mi mujer; pero yo, en venganza, seré su marido; esto es lo que me consuela, pues más debe importarle a ella que a mí. Hoy firmamos los esponsales; mañana se celebra la boda, y por la noche, encerrada en su habitación; no más miramientos. Están de más después de lo que me ocurre.

La Condesa. En mi sentir, debiera prohibírseles en absoluto que se casaran; un notario, fiel cumplidor de su deber y enterado de lo que ocurre, se negaría en redondo a ejercer su ministerio. Si a mí me fuera algo en esto, los encerraría. ¿Acaso puede Hortensia dejarse llevar por tan viles móviles? Disuadidla, Caballero, vos que sois generoso y que ejercéis influencia sobre ella; obligadla a ser razonable, si no por cariño, por piedad,

al menos. Segura estoy de que si procede de tan indigno modo es a causa de vos.

El Caballero. *(Aparte.)* Ya no hay riesgo en mantenerse firme. (*En voz alta.*) ¿Qué queréis que le haga, Condesa? No veo el remedio por ninguna parte.

La Condesa. ¡Cómo! ¿Qué decís? Necesariamente he oído mal; quiero creerlo así porque os estimo.

El Caballero. Digo que no puedo hacer nada en ese sentido, y que mi propio amor es quien me impide proceder como deseáis.

La Condesa. ¿Y de qué salida ingeniosa os valdríais para probarme lo bien fundamentado de vuestro razonamiento?

El Caballero. De la siguiente, Condesa: yo deseo que Hortensia sea feliz; si me caso con ella, dada la escasez de mi fortuna, no lo sería con exceso; la dicha matrimonial se alteraría, y hasta es posible que se arrepintiera de haberse casado conmigo y no con el Marqués, y yo no me quiero exponer a tal cosa.

La Condesa. Me limito, como respuesta, a encogerme de hombros. ¿Sois vos, Caballero, quien se expresa de ese modo?

El Caballero. Sí, señora.

La Condesa. ¡Es decir, que tenéis alma de mercachifle, primo mío! ¡Ya no me asombra la mutua inclinación que sentís uno y otra! Sí, sois digno de ella; vuestros corazones son iguales. ¡Oh, qué horrible manera de amar!

El Caballero. Señora, el verdadero cariño no razona de otra suerte.

La Condesa. ¡Ah, caballero; no pronunciéis la palabra cariño porque la profanáis!

El Caballero. Es que...

La Condesa. Os digo que me producís indignación. Por desgracia, sois pariente mío; pero no me vanaglo-

riaré de tal cosa. ¿No sentís vergüenza? Hablabais de vuestra fortuna; yo la conozco y sé que os puede permitir descansadamente soportar la pérdida de una suma tan exigua como la que se discute, y que sólo con malas artes podrá llegar a vuestras manos. ¡Oh, Dios mío, y yo que os estimaba! ¡Qué avara sordidez! ¡Qué carencia de sentimientos! ¡Y gentes así dicen que aman! ¡Ruin amor el de las tales! Podéis retiraros; no tengo más que deciros.

El Marqués. (*Bruscamente.*) Ni yo nada que temer. La cartà va a salir. Disponéis aún de tres horas para charlar con Hortensia, pues pasado este plazo espero que no volveremos a veros.

El Caballero. Partiré, señor, apenas se firmen los esponsales. En cuanto a vos, Condesa, espero que, reflexionando con más detenimiento, acertéis a disculparme y a hacerme la debida justicia. *(Sale.)*

La Condesa. ¡Oh, no! Esto ha terminado; nunca será mi desprecio mayor que ahora.

ESCENA XIX

EL MARQUÉS Y LA CONDESA

El Marqués. ¿Eh? ¿No tengo bastantes motivos para quejarme?

La Condesa. ¡Bah! Desentendeos de ella y entregadla los doscientos mil francos.

El Marqués. ¡Entregar doscientos mil francos por

no casarme! ¡No, caramba! Mi enfado no me llevará tan lejos ni podría reunir esa suma sin perjudicarme.

La Condesa. ¿No os he dicho que la mitad de lo que necesitáis lo tengo a vuestra disposición? Ya se verá la manera de reunir lo que falta.

El Marqués. Pero ¿es que el dinero prestado no se devuelve? Si me hubieseis querido, encantado; mas como no ha sido así me quedo con Hortensia, pues el rechazarla me saldría demasiado caro.

La Condesa. ¡Muy caro! ¡Cuidado! Habláis lo mismo que ellos. ¿Seríais capaz de sentir tan mezquinamente? Fuera preferible, puesto que no la amáis, perder todos vuestros bienes, a casaros, Marqués.

El Marques. ¿Y qué? ¿Amaría yo más o otra por eso? Todas las mujeres, excepto vos, me son iguales. Morenas, rubias, altas o bajas, todas me dan lo mismo, porque no amo a nadie más que a vos, que ni sois ni seréis mía nunca.

La Condesa. Ved, entonces, lo que hacéis. ¿Será preciso, pues, que me case con vos para sacaros de ese desagradable atolladero? La cosa, en verdad, se me antoja demasiado fuerte, Marqués.

El Marqués. No digo yo tanto. Soy ridículo; pero me hacéis más ridículo aún. Comprendo que no estáis obligada a nada. No es culpa vuestra si os amo, ni pretendo que me améis, ni tampoco he de permitirme hablar más de ello.

La Condesa. Apruebo vuestra conducta y la tengo por muy discreta y razonable. No podía esperar otra cosa, y os habéis equivocado al suponer que os ponía más en ridículo.

El Marqués. Toda mi desgracia se reduce a que me casaré con alguna pena más de la que hubiera sentido sin conoceros. Esto es todo cuanto os debo. Adiós, Condesa.

La Condesa. Adiós, Marqués. Os marcháis contentísimo y sin que se os ocurra más arbitrio que ese extravagante contrato matrimonial.

El Marqués. Pero ¿es que existe otro? Yo conocía uno que no ha tenido éxito, y no sé de más. Condesa, soy vuestro humildísimo servidor.

La Condesa. Buenas tardes, Marqués. No perdáis mucho tiempo en reverencias, que el caso es apremiante.

ESCENA XX

LA CONDESA, SOLA

La Condesa. ¡Desearía que me dijesen a santo de qué se le ha metido a este hombre en la cabeza que no le quiero! A veces, movida por la impaciencia, me entran ganas de decirle que le amo, para demostrarle cuán idiota es. Y será preciso que me salga con la mía.

ESCENA XXI

LÉPINE Y LA CONDESA

Lépine. ¿Me puedo permitir la libertad de acercarme a la señora Condesa?

La Condesa. ¿Se te ocurre algo?

Lépine. Que nos reconciliéis al señor Marqués y a mí.

La Condesa. Anda, en verdad, tan trastornado, que bien pudiera castigarte por haberle servido a conciencia.

Lépine. Me cabe la satisfacción de que hayáis aprobado mi negativa a partir. Os he parecido un servidor excelente, y yo me considero muy pagado con estos elogiosos términos, regalo de vuestra justicia.

La Condesa. Sí, excelente, lo repito.

Lepine. Sin embargo, esta mi excelencia es la que hoy me obliga a vacilar en mi puesto. Ya veréis cómo me despiden, señora Condesa, a pesar de la estima en que vuestra amable persona me tiene.

La Condesa. No, no lo parece. Hablaré por ti.

Lepine. Señora Condesa, mostradle al señor Marqués lo meritorio de mi conducta. La idea del notario me consternaba; en un exceso de celo le maté, y hasta e hubiera enterrado, ¡qué diantrel, y a pesar de que lo nice por afecto, me regañan. *(Acercándose a la Condesa con aire misterioso.)* Me consta, para terminar, que el señor Marqués os ama; Elisita también lo sabe. Hasta la

habíamos rogado que os ablandara con unas frasecitas para excitar vuestra compasión; pero ha temido que disminuyeran sus provechos al casaros.

La Condesa. No comprendo lo que eso quiere decir.

Lépine. Más por lo claro. Según Elisita, vuestra viudedad le reporta a ella beneficios mayores de los que obtendría una vez la señora Condesa casada; es decir, que le sois más provechosa tal como estáis, o si se quiere de otro modo, más lucrativa.

La Condesa. ¡Más lucrativa! ¿Conque ha sido esa la causa de su proceder? ¡Valiente mala persona es la tal Elisita!

Lépine. Semejante prudencia, a más de no haceros gracia y de repugnaros, escandaliza a vuestra prócer alma de Condesa, pero no todas son Condesas, señora; cosas de criada, al fin, ¿qué queréis? Es preciso disculpar a la servidumbre. ¿Quién se disgusta porque una hormiga se arrastre? La pobreza sólo puede dictar pensamientos pobres. Elisita carece de fortuna y no pueden ocurrírsele más que ruines pensamientos.

La Condesa. ¡Valiente majadera! Aquí viene. Déjanos, puedes irte; ya te pondré de buenas con tu señor; dile que haga el favor de venir a hablarme.

ESCENA XXII

ELISITA, LA CONDESA Y LÉPINE

Lepine. *(A Elisita.)* Vas a encontrarte con un tiempo borrascoso; se debe a una galantería, a mi manera, de que me valgo para lograr tu corazón.

ESCENA XXIII

ELISITA Y LA CONDESA

Elisita. ¿Qué ha querido decir?

La Condesa. ¡Ah! ¿Eres tú?

Elisita. Sí, señora; y la posta no había salido aún. ¡Bueno! ¿Qué os ha dicho el señor Marqués?

La Condesa. ¡Te merecías que le hiciera mi marido!

Elisita. No sé por qué lo decís, pero es lo cierto que, tras de reflexionarlo mucho, os lo iba a aconsejar, y a eso venía. *(Aparte.)* Hay que dejarse ir con la corriente.

La Condesa. ¡Me sorprendes! ¿Qué sería de tus provechos si me casara?

Elisita. ¿Qué provechos son ésos?

La Condesa. Según le has dicho a Lépine, no me sacarías tanto, casándome, como ahora. ¿Será cosa de que me vea obligada a casarme de nuevo para que cesen las bellaquerías e interesados servicios de mi servidumbre?

Elisita. ¡Qué bribón, ha cumplido sus amenazas! ¿Ignoráis, señora, que me ama y que por eso tiene interés en que os caséis con su amo? Y como no accedí a hablaros en favor del Marqués, Lépine, temiéndose que conspirara en contra, me dijo que me arrepentiría si tal hiciera, y ved cómo procede. Pero ¿me creéis capaz de haber pronunciado esas palabras que hasta carecen de sentido? ¿Es que vais a dejar de quererme después de casada ni a ser menos buena y generosa conmigo?

La Condesa. No lo creo.

Elisita. Sobre todo si os casáis con el Marqués, que es el mejor hombre del mundo. Por lo tanto, ¿qué iba yo a ir perdiendo si ocurriera así? Al contrario, si me entusiasmaran los provechos, a los beneficios que me otorgáis podría añadir los del señor Marqués.

La Condesa. Sin duda.

Elisita. Y en fin, tan de opuesta manera pienso, que venía ahora, como os he dicho, a tratar de imbuiros la idea de ese matrimonio, porque lo considero necesario.

La Condesa. Eso es hablar razonablemente; te creo. Ignoraba que Lépine te quería; con esa explicación, que te justifica, la cosa cambia de aspecto.

Elisita. Sí; pero os previenen muy fácilmente contra mí, señora, y apenas si creéis en la devoción que por vos siento.

La Condesa. Te engañas: sé lo que vales y no desconfiaba tanto como supones. No hablemos más del asunto. ¿Qué pretendías decirme?

Elisita. Pues sí, pensaba que el señor Marqués es persona a quien se debe estimar.

La Condesa. No tiene duda; yo he pensado siempre lo mismo.

Elisita. Es un hombre en el que tendréis la dicha de hallar, no un amo, sino un amigo seguro.

La Condesa. También es verdad; eso es lo que yo sostengo.

Elisita. Vuestros asuntos os fatigan.

La Condesa. Más de lo que parece; encima de no entenderlos, soy una perezosa.

Elisita. A ratos, y por causa de ellos, os ponéis malhumorada, con perjuicio de vuestra salud.

La Condesa. Hasta después de enviudar no he conocido las jaquecas.

Elisita. El señor Marqués os quitará de encima a procuradores, abogados y colonos.

La Condesa. Debo confesarte que has pensado en todo más atinadamente que yo. Hasta aquí no se me ocurre ningún argumento en contra.

Elisita. ¿Sabéis que acaso sea éste el hombre que os conviene?

La Condesa. Preciso será pensarlo.

Elisita. ¿No sentís despego por él?

La Condesa. De ningún modo. No digo que le ame lo que se llama apasionadamente, pero en mi corazón no siento nada que le rechace.

Elisita. ¿Acaso no basta eso? ¡Querer apasionadamente! Si, para casaros, aguardáis a querer de ese modo, vuestra viudedad será eterna. Y no es con su persona—poniéndome más en lo firme—con quien yo os propongo que os caséis, no; es con su manera de ser.

La Condesa. Que es admirable, convengo en ello.

Elisita. Además, le prestáis un gran servicio, de

paso, deshaciendo el triste matrimonio que va a contraer, más por desesperación que por conveniencia de sus intereses.

La Condesa. Sí, realizaría una buena acción, y nada más digno de loa que esto cuando es factible.

Elisita. Y sobre todo cuando, haciéndola, no se sacrifica el corazón.

La Condesa. De acuerdo. Bien puede afirmarse que lo estás defendiendo a las mil maravillas. Me predispones en su favor de inmejorable manera; pero ya verás, hija mía, cómo no tiene habilidad para valerse de tu trabajo.

Elisita. ¿Por qué decís eso? ¿No os ha hablado de su amor?

La Condesa. Sí, me ha dicho que me amaba, y yo, al pronto, he fingido asombrarme: era lo menos que podía hacer. ¿Y sabes lo que ha ocurrido? Pues que ha tomado mi asombro por cólera y le ha dado por decir que yo no le podía aguantar. En resumen: según él, le detesto y me pongo fuera de quicio con su amor, y como ésta es su cantinela inicial, no me va a ser posible sacarle de su engaño, so pena de decirle: «Caballero, no sabéis lo que os decís». Pero esto sería como meterme por sus ojos; así es que no pienso hacer nada.

Elisita. ¡Oh! Eso es otra cosa. Tenéis razón; tampoco yo os aconsejaría que procedieseis así; el único recurso que queda es dejarle.

La Condesa. ¡Muy bien! Deseas que me case con él y a continuación me dices que le deje; pasas de un extremo a otro. Es posible que esté menos equivocado de lo que supongo y que la culpa sea mía. A veces le respondo con acritud.

Elisita. Se me estaba ocurriendo lo siguiente: ¿queréis que le hable a Lépine del asunto y que le insinúe la idea de animar a su amo?

La Condesa. No, te lo prohibo, Elisita, a menos que yo no figure para nada.

Elisita. Procederé como si la idea se me hubiese ocurrido a mí.

La Condesa. En tal caso, yo quedo fuera. Si el matrimonio se efectúa tendrá que agradecértelo a ti, y he de procurar que lo sepa para que te recompense.

Elisita. Como gustéis, señora Condesa.

La Condesa. Y ahora que me acuerdo, ¿has cogido ese traje obscuro que no me gusta? Te lo regalo; se me había olvidado decírtelo.

Elisita. Con vuestro matrimonio, como veis, disminuirán mis beneficios. Os dejo para ir en busca de Lépine, aunque ya no es necesario; el señor Marqués se acerca y yo me retiro.

ESCENA XXIV

EL MARQUÉS Y LA CONDESA

El Marques. Aquí tengo la carta que acabo de recibir para el notario, aunque ignoro aún si la enviaré; ando a la greña conmigo mismo. ¿Es cierto, Condesa, que deseabais hablarme?

La Condesa. Sí, en favor de Lépine. Como teme ser despedido, aunque no ha hecho más que seros útil, os agradeceré que le conservéis a vuestro lado; es una gracia que espero merecer de vos, ya que, según decís, me amáis.

El Marques. Sí, os amo, en verdad, y os amaré aún mucho tiempo.

La Condesa. No seré yo la que lo impida.

El Marques. ¡Pardiez! Os desafío a que lo intentéis. ¡Yo mismo no acertaría a lograrlo!

La Condesa. (Riendo.) ¡Ja, ja, ja! Ese tono brusco me hace reír.

El Marques. ¡Pues sí que es regocijadísima la cosa!

La Condesa. Más de lo que suponéis.

El Marques. Quisiera, a fe mía, no haberos visto nunca.

La Condesa. Vuestro amor se manifiesta de una manera infinitamente agradable.

El Marques. ¡Bueno está! ¡Agradable! ¿De qué me importa serlo si vuestro corazón me encuentra odioso?

La Condesa. ¡Vuelta a lo del odio! ¡Me impacientáis con semejante cantinela! ¿A santo de qué viene eso? ¡Como no sea por lo pacientemente que escucho vuestras continuas salidas de tono! ¿Os he dicho jamás que me fastidiáis, ni que os odio, ni que me chanceo de vos, ni nada de cuanto me hacéis decir? Todas esas son figuraciones que se apoderan, no sé cómo, de vuestra imaginación, y que me achacáis a mí, figuraciones engrandecidas y multiplicadas por vos cada vez que me respondéis o suponéis responderme, porque, eso sí, ¡sois de una torpeza! Vuestras contestaciones lo mismo pueden ser para mí que para el que nunca os dirigiese la palabra; ¡y a pesar de todo, el señor se queja!

El Marques. Es que el señor es un maniático.

La Condesa. Por lo menos, es el hombre más insoportable que conozco. Sí, podeis estar persuadido de que no hay nada tan original, en fuerza de inverosímiles, como las conversaciones que me tenéis.

El Marqués. ¡Vaya una manera de tratarme!

La Condesa. Vamos a ver. Decís, y lo creo, que me

amáis, ¿no es verdad? Pues bien: ¿qué desearíais que os respondiese?

El Marqués. ¿Qué desearía? Pues sí que es dificilísimo adivinarlo. ¡Pardiez! De sobra lo sabéis.

La Condesa. ¡Y dale! ¡Cuando digo! ¿Es eso responderme? Ea, señor, no os amaré nunca, nunca jamás.

El Marques. Tanto peor, señora, tanto peor. No toméis a mal, os lo ruego, el disgusto que ello me produce.

La Condesa. Cuando una persona—a ver si os enteráis—le dice a otra «os amo», debe aguardar, por lo menos y tras de inquirirlo, la respuesta.

El Marqués. ¡Me hacéis un lío!

La Condesa. No me va a ser posible contenerme; adiós.

El Marques. Pues bien, señora, os amo; ¿qué decís a esto? Os lo repito: ¿qué decis a esto?

La Condesa. ¡Ah! ¿queréis saber lo que digo? Que me parece muy bien. Y lo repetiré por si acaso: que me parece muy bien. De no hacerlo así, no acabaríamos jamás.

El Marqués. ¡Ah! ¿conque os parece muy bien? ¡Al fin respiro! Condesa, dejadme que bese vuestra mano.

ESCENA XXV

LA CONDESA, EL MARQUÉS, HORTENSIA, EL CABALLERO, ELISITA Y LÉPINE

Hortensia. ¿Habéis escrito vuestra carta, Marqués? Mas ¿qué es eso? Se me antoja que besáis la mano de la Condesa.

El Marques. Sí, en señal de agradecimiento por la escasa pena que me producen los doscientos mil francos que os doy.

Hortensia. Y yo, sin cumplidos, os agradezco que los perdáis tan a gusto.

El Caballero. Así, pues, todos contentos. Marqués, un abrazo. *(A la Condesa.)* Condesa, he aquí el desenlace que aguardábamos.

La Condesa. Y que no aguardaréis mucho.

Elisita. *(A Lépine.)* En efecto, pillastrón, me parece que voy a tener que casarme contigo.

Lepine. Así me lo había propuesto.

FIN

LECTURAS DE UNA HORA

OBRAS BREVES DE GRANDES MAESTROS, CUIDADOSAMENTE SELECCIONADAS, TRADUCIDAS Y REVISADAS, Y ESMERADAMENTE PRESENTADAS

LECTURAS DE UNA HORA

PUBLICADAS

BALZAC: UN EPISODIO BAJO EL TERROR
TURGUÉNEF: LA AVENTURA DEL TENIENTE YERGUNOF
ANDRÉIEF: MÁS ALLÁ DE LA MUERTE
LARRA: UN DESAFÍO
STENDHAL: VANINA VANINI
MUSSET: EL LUNAR
MARIVAUX: EL LEGADO
GAUTIER: UNA NOCHE DE CLEOPATRA

EN PRENSA:

VIGNY: HISTORIA DE UNA PULGA RABIOSA
NERVAL: LA MANO ENCANTADA
NODIER: SOR BEATRIZ O EL MILAGRO DE LA VIRGEN
EL SOLITARIO: GRACIAS Y DONAIRES DE LA CAPA
POE: ELEONORA
BAUDELAIRE: POEMAS EN PROSA
ABOUT: LOS DOS GEMELOS
DOSTOIEWSKY: LAS NOCHES BLANCAS

Precio de cada volumen: **UNA PESETA**

JIMÉNEZ FRAUD, EDITOR. DIEGO DE LEÓN, 5. MADRID

COLECCIÓN GRANADA

La COLECCIÓN GRANADA publica en sus diferentes secciones (Filosofía, Ensayos, Biografía, Viajes, Geografía, Novelas, etc.) las obras de interés más universal, cuidadosamente revisadas y traducidas. La COLECCION GRANADA está presentada con gran esmero editorial (encuadernada en tela inglesa y con el lomo grabado en oro). Su atractivo tamaño (15,8 × 9,8 centímetros) y su rica y artística encuadernación satisfacen tanto el gusto del gran público, como el del bibliófilo más exigente.

... «*La COLECCIÓN GRANADA selecciona cuidadosamente todos sus volúmenes. Si dijéramos que no hay otra en España con criterio tan definido y claro, no cometeríamos injusticia. Pasamos revista a los catálogos editoriales, y pronto nos choca la confusión, la caprichosa amalgama de nombres y tendencias. Jiménez Fraud ha visto certeramente que el mercado español necesitaba de una serie que no falta en ningún país culto: la serie de obras modernas, pero, al mismo tiempo, clásicas ya, en el sentido de que varias generaciones han venido confirmando sus valores. Si Jiménez Fraud consigue llegar a los 100 tomos, por ejemplo, España contará con una colección comparable a la de Insel-Verlag o a la de Nelson, con ventaja sobre la última en la presentación. Sus libros son, materialmente, ornato de la casa o del mueble.*»

(J. M. V., en la revista *Hermes*, de Bilbao.)

La COLECCIÓN GRANADA se vende en todas las librerías de España y América y en las bibliotecas de las Estaciones.

JIMÉNEZ FRAUD, EDITOR. DIEGO DE LEÓN, 5. MADRID

«Se publican en Madrid innumerables colecciones de libros, algunos de título pintoresco... Una de estas Colecciones lleva un título que nos place sobremanera. Se titula COLECCIÓN GRANADA. Los volúmenes de la COLECCIÓN GRANADA son chiquitos, limpios, sencillos, meticulosos. No dan la idea de una especulación mercantil, como las otras bibliotecas, sino que nos dejan ver la mano delicada y cuidadosa en los graves y altos negocios de la cultura. En la COLECCIÓN GRANADA se han publicado libros de imaginación y libros de materias filosóficas y científicas... ¿Por qué la muy simpática biblioteca GRANADA no publica en su colección primorosa...?»

AZORÍN, en *A B C*

COLECCIÓN INFANTIL GRANADA

VOLÚMENES PUBLICADOS

EL NUEVO PARIS. Cuento para niños, por J. W. Goethe. Ilustraciones de Marco. Traducción de R. M. Tenreiro. Precio: 3,50 pesetas.

EL LEGADO DEL MORO. Cuento de la Alhambra, por Washington Irving. Ilustraciones de Marco. Traducción de Natalia Cossío de Jiménez. Precio: 3,50 pesetas.

LAS AVENTURAS DE PÁNFILO (cuento de espantos), por Lope de Vega. Cuida de la reimpresión Alfonso Reyes. Ilustraciones de Romero Calvet. Precio: 3,50 pesetas.

LA ROSA DE LA ALHAMBRA, por Washington Irving. Ilustraciones de Marco. Traducción de Natalia Cossío de Jiménez. Precio: 3,50 pesetas.

LAS TRES BELLAS INFANTAS. Leyenda de la Alhambra, por Washington Irving. Ilustraciones de Marco. Traducción de Natalia Cossío de Jiménez. Precio: 3,50 pesetas.

CLÁSICOS GRANADA

Preciosos volúmenes de 256 a 300 páginas, encuadernados en cartón y esmeradamente impresos en magnífico papel satinado.

Precio de cada volumen: **DOS PESETAS**

PUBLICADOS

CERVANTES: LA FUERZA DE LA SANGRE

LA ILUSTRE FREGONA

VÉLEZ DE GUEVARA: EL DIABLO COJUELO

GARCILASO: OBRAS

MORETO: NO PUEDE SER EL GUARDAR UNA MUJER

JIMÉNEZ FRAUD, EDITOR. DIEGO DE LEÓN, 5. MADRID

JARDINILLOS

O LIBROS PARA REGALO. VILLANCICOS, CANCIONES Y SONETOS ESPAÑOLES; SELECCION DEL POETA INDIO TAGORE. PRECIO DE CADA TOMO: UNA PESETA

«...Una mano delicada se advierte en la confección de estos libros y en la compostura de su texto. Tres de ellos son breves y finas selecciones de Sonetos, Villancicos y Canciones, alguna de éstas con su notación musical; se han puesto a contribución los mejores libros de nuestra poesía antigua, y alguna vez entre los versos castellanos surge una composición catalana o galaica que acaba de dar carácter nuevo a esta selección. El otro tomo contiene varios poemas escogidos en las diversas obras del sorprendente y aquietador poeta indio Rabindranath Tagore. En otras ocasiones hemos elogiado las versiones que de sus libros va dando la señora Z. Camprubí de Jiménez. De su pluma son también estas delicadísimas traducciones, cuya lectura recomendamos vivamente.»
E. Díez-Canedo.

JIMENEZ FRAUD. EDITOR